

Padre

Les confieso, con toda sinceridad, que no puedo sustraerme a la tentación de estar en el mes de junio, para nosotros los miamenses comienzo de la temporada ciclónica, y no dedicar mi columna a la importancia de la paternidad.

Uno suele darse cuenta a destiempo de la relevancia de dicha figura cenital en el hogar, símbolo de seguridad y confianza. Da por sentada su presencia durante la infancia, período durante el cual ni se nos ocurre desafiar su protección y guía.

Luego llegan las divergencias, lo cual es un proceso natural de la adolescencia y juventud y nos parece que no concordamos con su forma desactualizada de asumir la realidad. Es la lucha generacional de la cual casi nadie está exento. Sin embargo, y es mi experiencia como hijo y padre, si la relación fue buena en el comienzo, los resultados al final del camino empedrado y con no pocos obstáculos, serán halagüeños.

El padre, como cualquier otro ser humano, puede abundar en virtudes y defectos.

Cuando sabe desempeñar bien la responsabilidad que ha asumido por decisión personal, se le dispara una característica natural: la de velar por el bienestar de la familia.

Esta virtud no viene en un manual de instrucciones, como con tanto humor desarrolla la película del comediante mexicano Eugenio Derbez, donde de pronto se ve responsabilizado con el cuidado de una pequeña hija que tuvo en una relación de soltería.

No es menos cierto que los mayores méritos de la crianza son atribuidos con mucho más ahínco a las madres. Es muy difícil emular la forja que ellas encarnan desde el comienzo y la capacidad que

tienen para dispensar amor, pero ahora mismo hay una serie de estudios y teorías que tratan de colocar en su justo lugar la importancia de la paternidad en los Estados Unidos, donde ha estado un poco en crisis por razones diversas.

La revista *Esquire*, de este mes, publica un resumen bastante enjundioso de numerosas aproximaciones al tema. El número de familias sin la figura paterna en los Estados Unidos ha crecido de un 10.3 % en 1970 a 24 % en el 2013, lo cual significa que 17.5 millones de niños no cuentan con el padre en el hogar.

El padre moderno, abunda la revista, es alguien comprometido por instinto. Ser testigo del nacimiento de los hijos, por ejemplo, ha dimensionado tal cercanía. Carga al bebé, lo baña, le lee antes de acostarse. Su rol ya no se ciñe solamente a proveer el sustento y el techo, ahora debe estar allí física y mentalmente.

Yo recuerdo un tránsito semejante entre el comportamiento de mis abuelos y el de mis padres. La idea de “yo traigo la comida y tú cuidas a los niños” fue quedando atrás. Pudiera agregar, no obstante, que hoy mismo –y tal vez es una virtud de las poblaciones exiliadas o desplazadas de sus países originarios–, yo conozco abuelos totalmente renovados, de ambos sexos, sobre los cuales descansa la posibilidad de desarrollo de no pocos matrimonios.

Más allá de estadísticas que generalizan sobre un estado de cosas que debe ser enmendado en los Estados Unidos, me satisface apuntar que en nuestra comunidad y específicamente en la cubana, que ha debido padecer el estigma de más de medio siglo de dictadura a la distancia, cada vez que un coteráneo hace algún resumen de sus éxitos personales siempre incluye, con ojos humedecidos por el agradecimiento, al padre que todo lo entregó para que volviéramos a ser personas de bien en libertad.

Pienso que es tarea de las futuras generaciones cultivar ese legado capital de una idiosincrasia donde el valor de la paternidad sigue siendo una roca fundacional.

Presidente del Miami Dade College.



**EDUARDO J.
PADRON**